

## RIBERA DE LOS ALISOS

Los pinos son más viejos.  
 Sendero abajo,  
 sucias de arena y rozaduras  
 igual que mis rodillas cuando niño,  
 asoman las raíces.  
 Y allá en el fondo el río entre los álamos  
 completa como siempre este paisaje  
 que yo quiero en el mundo,  
 mientras que me devuelve su recuerdo  
 entre los más primeros de mi vida.

Un pequeño rincón en el mapa de España  
 que me sé de memoria, porque fue mi reino.  
 Podría imaginar  
 que no ha pasado el tiempo  
 lo mismo que a diez años, a esa edad  
 en que el dormir descansa verdaderamente,  
 con los ojos cerrados  
 y despierto en la cama, las mañanas de invierno,  
 imaginaba un día del verano anterior.

Con el olor  
 del polen de los pinos.  
 Pero están estos cambios apenas perceptibles,  
 en las raíces, o en el sendero mismo,  
 que me fuerzan a veces a deshacer lo andado.  
 Están estos recuerdos que sirven nada más  
 para morir conmigo.

Por lo menos la vida en el colegio  
 era un indicio de lo que es la vida.  
 Y sin embargo, son estas imágenes  
 -una noche a caballo, el nacimiento  
 terriblemente impuro de la luna,  
 o la visión del río apareciéndose  
 hace ya muchos años, en un mes de setiembre,  
 la exaltación y el miedo de estar solo  
 cuando va a atardecer-  
 antes que otras ningunas,  
 las que vuelven y tienen un sentido  
 que no sé bien cuál es.

La intensidad  
 de un fogonazo, puede que sólomente,  
 y también una antigua inclinación humana  
 por confundir belleza y significación.

Imágenes hermosas de una historia  
 que no es toda la historia.  
 Demasiado me acuerdo de los meses de octubre,  
 de las vueltas a casa ya de noche, cantando,  
 con el viento de otoño cortándonos los labios,  
 y de la excitación en el salón de arriba

junto al fuego encendido, cuando eran familiares  
 el ritmo de la casa y el de las estaciones,  
 la dulzura de un orden artificioso y rústico  
 como los personajes  
 en el papel de la pared.

Sueño de los mayores, todo aquello.  
 Sueño de su nostalgia de otra vida más noble,  
 de otra edad exaltándoles  
 hacia una eternidad de grandes fincas,  
 más allá de su miedo a morir ellos solos.  
 Así fui, desde niño, acostumbrado  
 al ejercicio de la irrealidad,  
 y todavía en la melancolía  
 que me queda de entonces,  
 hay rencor de conciencia engañada,  
 resentimiento demasiado vivo  
 que ni el silencio y la soledad lo calman,  
 aunque acaso también algo más hondo  
 traigan al corazón.

Como el latido  
 de los pinares, al pararse el viento,  
 que se preparan para oscurecer.  
 Algo que ya no es casi sentimiento,  
 una disposición  
 de afinidad profunda  
 con la naturaleza y con los hombres,  
 que hasta la idea de morir parece  
 bella y tranquila. Igual que este lugar.

#### INTENTO FORMULAR MI EXPERIENCIA DE LA GUERRA

Fueron, posiblemente,  
 los años más felices de mi vida,  
 y no os extrañe, puesto que a fin de cuentas  
 no tenía los diez.

Las víctimas más tristes de la guerra  
 los niños son, se dice.  
 Pero también es cierto que es una bestia el niño:  
 sí, le perdona la brutalidad  
 de los mayores, él sabe aprovecharla,  
 y vive más que nadie  
 en ese mundo demasiado simple,  
 tan parecido al suyo.

Para empezar, la guerra  
 fue conocer los páramos con viento,  
 los sembrados de gleba pegajosa

y las tardes de azul, celestes y algo pálidas,  
 con los montes de nieve sonrosada a lo lejos.  
 Mi amor por los inviernos mesetarios  
 es una consecuencia  
 de que hubiera en España casi un millón de muertos.

A salvo en los pinares  
 -pinares de la Mesa, del Rosal, del Jinete...-  
 el miedo y el desorden de los primeros días  
 eran algo borroso, con esa irrealidad  
 de los momentos demasiado intensos.

Y Segovia parecía remota  
 como una gran ciudad, era ya casi el frente;  
 o por lo menos un lugar heroico,  
 un sitio con tenientes de brazo en cabestrillo  
 que nos emocionaba visitar

-la guerra

quedaba allí al alcance de los niños  
 tal y como la quieren.

A la vuelta, de paso por el puente Uñés,  
 buscábamos la arena removida  
 donde estaban, sabíamos, los cinco fusilados.  
 Luego la lluvia los desenterró,  
 los llevó río abajo.

Y me acuerdo también de una excursión a Coca,  
 que era el pueblo de al lado,  
 una de esas mañanas que la luz  
 es aún, en el aire, relámpago de escarcha,  
 pero que anuncian ya la primavera.  
 Mi recuerdo, muy vago, es sólo una imagen,  
 una nítida imagen de la felicidad  
 retratada en un cielo  
 hacia el que se apresura la torre de la iglesia,  
 entre un nimbo de pájaros,  
 y los mismos discursos, los gritos, las canciones,  
 eran como promesas de otro tiempo mejor,  
 nos ofrecían  
 un billete de vuelta al siglo diez y seis.  
 ¿Qué niño no lo acepta?

Cuando por fin volvimos  
 a Barcelona, me quedó unos meses  
 la nostalgia de aquello. Pero me acostumbré.  
 Quien me conoce ahora  
 dirá que mi experiencia  
 nada tiene que ver con mis ideas,  
 y es verdad: mis ideas de la guerra cambiaron  
 después, mucho después  
 de que hubiese empezado la posguerra.

## A ROOM WITH A VIEW

Es la lluvia sobre el mar.  
En la abierta ventana,  
contemplándola, descansas  
la frente en el cristal.

Imagen de unos segundos  
quietos -a contraluz-  
tu cuerpo distinto, aún  
de la noche desnudo.

Y te vuelves hacia mí  
sonriéndome. Yo pienso  
en cómo ha pasado el tiempo,  
y te recuerdo así.

## DÍAS DE PAGSANGJAN

Como los sueños, más allá  
de la idea del tiempo,  
hechos sueño de sueño os llevo,  
días de Pagsangján.

En el calor, tras la espesura,  
vuelve el río a latir  
moteado, como un reptil  
-y en la atmósfera oscura

bajo los árboles en flor,  
relucientes, mojados,  
cuando a la noche nos bañábamos,  
los cuerpos de los dos.

## VOLVER

Mi recuerdo eran imágenes,  
en el instante, de tí:

esa expresión y el matiz  
de los ojos, algo suave

en la inflexión de tu voz,  
y en tus bostezos furtivos  
de lebrele que ha maldormido  
la noche en mi habitación.

Volver, pasados los años,  
hacia la felicidad.  
Para verte y recordar  
que yo también he cambiado.

#### LOCA

La noche, que es siempre ambigua,  
te exaspera: color  
de ginebra mala, son  
tus ojos unas bichas.

Yo sé que vas a romper  
en insultos y en lágrimas  
histéricas. En la cama,  
luego, te calmaré

con besos que me da pena  
dártelos. Y al dormir  
te apretarás contra mí  
como una perra enferma.

#### HAPPY ENDING

Aunque la noche, conmigo,  
no la duermas ya,  
sólo lo sabe el azar  
si es definitivo.

Que aunque el gusto nunca más  
vuelve a ser el mismo,  
en la vida los olvidos  
no suelen durar.

## DESEMBARCO EN CITEREA

Como la luz, la música  
tiene una calidad fosforescente y suave  
de sueño revivido. Cerca el mar  
y la noche tranquila sobre el gran paseo  
le esperan, despertándole  
la rara y tenue sensación de estar  
que se siente en las islas y en los bares.

De vivir en la arena, bajo el sol,  
son nobles esos cuerpos  
y capaces de hacer llorar de amor  
a una nube sin agua, en los que el beso  
deja un sabor de sal en la saliva,  
gusto de libertad que hace soñar  
y sobreexcita al extranjero.

Cuando vaya a dormir  
a solas y muy tarde, la nostalgia  
sucederá a la envidia y al deseo.  
Nostalgia de una edad del corazón  
y de otra edad del cuerpo,  
para inventar de noche en las playas  
el mundo, de dos en dos.

No sólo desear, pero sentirse  
deseado él también: es ese sueño,  
el mismo sueño de su adolescencia,  
cada vez más remoto... Porque le apremia el tiempo  
y en amor -él lo sabe-  
aunque no tiene aún que dar dinero  
tiene ya que dar inteligencia.

Mañana por la noche, sin luna, sobre el mar,  
volando hacia su casa,  
irá con él la imagen de estos cuerpos  
dorados, y en su imprecisa gracia  
sentirá que la inquieta un reproche  
doloroso y trivial, como el recuerdo  
de una deuda olvidada.

PEEPING TOM

Ojos de solitario, muchachito atónito  
que descubrí mirándonos  
en aquel pinarcillo, junto a la Facultad de Letras,  
hace más de once años,

tu recuerdo es curioso con qué reconcentrada  
intensidad de símbolo,  
va unido a aquella historia,  
mi primera experiencia de amor correspondido.

A veces me pregunto qué habrá sido de tí.  
Y si ahora en tus noches junto a un cuerpo  
vuelve la vieja escena  
y todavía espías nuestros besos.

Así me vuelve a mí desde el pasado  
como un grito inconexo  
la imagen de tus ojos. Expresión  
de mi propio deseo.

EL JUEGO DE HACER VERSOS

El juego de hacer versos  
-que no es un juego- es algo  
parecido en principio  
al vicio solitario.

Con la primera muda,  
en los años nostálgicos  
de nuestra adolescencia,  
a escribir empezamos.

Y son nuestros poemas  
del todo imaginarios  
-demasiado inexpertos,  
ni siquiera plagiamos-

porque la Poesía  
es un ángel abstracto  
y, como todos ellos,  
predispuesto a halagarnos.

El arte es otra cosa  
distinta. El resultado  
de mucha vocación  
y un poco de trabajo.

Aprender a pensar  
en renglones contados  
-y no en los sentimientos  
con que nos exaltábamos-,

tratar con el idioma  
como si fuera mágico  
es un buen ejercicio,  
que llega a emborracharnos.

Luego está el instrumento  
en su punto afinado:  
la mejor poesía  
es el Verbo hecho tango.

Y los poemas son  
un modo que adoptamos  
para que nos entiendan  
y que nos entendamos.

Lo que importa explicar  
es la vida, los rasgos  
de su filantropía.  
Aunque, de cuando en cuando,

si alguna de esas noches  
que las carga el diablo  
uno piensa en la historia  
de estos últimos años,

si piensa en esta vida  
que nos hace pedazos  
de madera podrida,  
perdida en un naufragio,

la conciencia le pesa  
-por estar intentando  
persuadirse en secreto  
de que aún es honrado.

El juego de hacer versos,  
que no es un juego, es algo  
que acaba pareciéndose  
al vicio solitario.